

LA VIDA MEXICANA AL FILO DE LA SÁTIRA

(LA INTERVENCIÓN FRANCESA Y EL SEGUNDO IMPERIO)

Por Clementina Díaz y de Ovando

Para la conciencia liberal mexicana, el mayor crimen del siglo xix fue la tentativa contra el ser político de México, cometido por Francia, Inglaterra, España y la Roma papal.

Los hijos de esa patria agredida por la injustísima invasión tripartita la salvaron no sólo con las armas, sino también, con el heroísmo de la pluma, pues la mayoría de los literatos que con sus escritos resguardaron a México, padecieron toda clase de vejaciones, de castigos que, sin embargo, no quebrantaron su decisión. Era natural que fueran escarmentados por los intervencionistas, ya que una de las maneras más arrebatadas, más enérgicas de proteger la integridad nacional la encontraron en la sátira, herramienta que en pluma y labio mexicanos suele pasar prontamente de juego placentero a despiadado ejercicio.

Al tiempo de la Intervención la sátira era un instrumento que el mexicano manejaba con extraordinaria habilidad y con singular tino, gracia y fruición. La sátira escrita contaba con otro medio: la caricatura que, utilizada por artistas de la categoría de Constantino Escalante, constituyó un arbitrio demoledor.

La sátira contra la Intervención y más tarde el imperio, fue copiosa y se volcó en los periódicos que aparecieron para combatir la intromisión extranjera, entre otros, fueron paladines *La Chinaca*, *La Orquesta*, *El Cura de Tamajón*, *La Cuchara*, *El Cucharón*, *La Jarana*, *El Buscapié*, *La Sombra*, *La Tos de mi mamá*, *La Madre Celestina*, *Don Follas*, *El Monarca*, *El Marqués de Caravaca*, *Don Pancraccio*, *La Bandurria*.

En estos periódicos se hizo chungu implacable y feroz de los atacantes y también de los mexicanos que habían propiciado la Intervención y el imperio. La prensa satírica barrenó las personalidades de Napoleón III "el chiquito", del embajador francés Dubois de Saligny, de los generales Laurencez, Forey, Bazaine, Almonte, Miramón, Márquez y otros muchos intervencionistas y, desde luego, zarandeo a los emperadores Maximiliano y Carlota.

Por otra parte, los redactores de la *petit presse* dejaron bien claro que sus saetas iban dirigidas a Napoleón III y a quienes lo apoyaban, pero

en modo alguno a la Francia auténtica cuya cultura y tradición tanto admiraban.

La prensa satírica no sólo hizo mofa graciosa y mordaz de la Intervención y el imperio, sino, asimismo, dio a conocer a sus lectores, en forma accesible, la razón de la República, la injusticia de la agresión hecha por la soberbia europea a México, encubierta según la propaganda francesa con el generoso subterfugio de civilizarnos, de otorgarnos, una vez en la órbita de la raza latina, esa universalidad que Europa siempre nos había negado, disfraz que mañosamente ocultaba la verdad: la ambición política y económica de Napoleón III.

En esta prensa satírica colaboraron casi todos los poetas y escritores liberales de ese tiempo, muy principalmente, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Juan Antonio Mateos, José María Iglesias, Alfredo Chavero, Pedro Santacilia, Francisco Schiafino, Luis G. Iza, Juan de Dios Arias, José Rivero y Río, Ignacio Tenorio y los editores J. C. Villegas y Nabor Chávez.

Los redactores se pitorrearon de lo lindo del invasor y sus secuaces en décimas, romances, trovas, seguidillas, silvas, remitidos, cuentos, cartas, artículos y parodiaron las canciones más populares como el jarabe "Los enanos", "La mañanitas", "Los cangrejos" las ajustaron a las necesidades del momento: la defensa de la causa de México. Los trovadores del pueblo entonaban "La china", "El sombrero ancho", "El chinaco", "El telele", "Marcha a Juan Pamuceno",¹ "El guajito", "El Cinco de Mayo", "Las torres de Puebla", éstas y otras canciones se repetían en todos los barrios de la ciudad y en los Estados.

Algunos de los periódicos fueron de vida efímera; pero si unos desaparecían, de inmediato surgían otros, y de esta manera constante, con su sañuda y destructora crítica a los invasores se mantuvo la resistencia, se dieron pormenores de la lucha y se atizó el entusiasmo patriótico como cantaba *La Chinaca*.²

Somos de a tiro chinaca:
escribimos en chinaco,
y a todo el que afloje tlaco
le daremos toma y daca.

¹ Así se le llamaba al general Juan Nepomuceno Almonte.

² Nombre despectivo que los conservadores dieron a los liberales puros o exaltados, éstos consideraron timbre de orgullo llamarse chinaca, chinacos o chinacates.

No es nuestro ánimo lucrar,
sí decir nuestra opinión,
y con ella entusiasmar
a todita la nación.

... A las armas chinacos,
nadie meta los tacos,
de Francia la alharaca
es puro *guantimor*.

Traca-Traca, raza
Independencia o muerte
no importa el ser más fuerte,
que la honra nunca es flaca
y al fin triunfa el honor.

A la vez, en la exageración humorística de esta prensa satírica se revelan la vida mexicana y las costumbres durante la Intervención y el imperio.



No obstante la denodada defensa hecha por el general Jesús Gonzalez Ortega, las armas nacionales sucumbieron en Puebla ante el asedio del ejército expedicionario.

A las cinco de la tarde del día 17 de mayo de 1863, el general Elías Federico Forey recibió la comunicación del general Jesús González Ortega, informándole que su ejército había sido licenciado y que el armamento estaba destruido, por lo que la plaza quedaba a su disposición.

La derrota de San Lorenzo y la rendición de Puebla determinaron que el presidente Benito Juárez y sus principales colaboradores: José María Iglesias, Sebastián Lerdo de Tejada, Ignacio Mejía y Guillermo Prieto salieran de la capital rumbo a San Luis Potosí.

El día 29 de mayo se dio a conocer el decreto en el que se hacía saber al país el traslado de los poderes de la federación a la ciudad de San Luis Potosí, y se ordenó la retirada de las tropas, pues el gobierno consideró la defensa de la ciudad de México insostenible; la ausencia de los poderes era una retirada táctica, la guerra se extendía así por todo nuestro amplio territorio.

El 31 de mayo, en la sesión del Congreso, el presidente Juárez recibió, una vez más, por parte de los diputados un voto de confianza y, con su

característica serenidad, al aceptarlo, se comprometió a sostener la causa republicana:

La adversidad —expresó— no desalienta más que a los pueblos despreciables; la nuestra está establecida por los grandes hechos, y dista mucho el adversario de habernos arrebatado los inmensos obstáculos materiales y morales que opondrá el país contra sus injustos invasores.

Una salva de artillería a las tres de la tarde anunció que, conforme al precepto constitucional, el Congreso cerraba sus sesiones.

El presidente Benito Juárez, representante del poder republicano, fortalecido por su obstinada fe en la justicia y en el derecho que asistían a México, iniciaba esa tarde su larga peregrinación por el país.

El ejército liberal y los osados guerrilleros con redoblado ahínco proseguían la lucha por la integridad nacional.

El *Diario Oficial*, como consecuencia de la traslación de poderes, dejó de publicarse, lo mismo el *Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*. El *Siglo* el 30 de mayo se despedía de sus lectores, les explicaba la situación y, aunque por el momento, el destino era hostil, confiaba en el triunfo de la República y sus legítimas instituciones.

Desaparecidos los periódicos liberales, los satiristas quedaron dueños del campo, dispuestos a no ceder en su empeño, lo que cumplieron hasta el momento en que fue suprimido el último: *La Orquesta*, el 16 de julio de 1866.

Al saberse que el gobierno republicano se trasladaba a San Luis Potosí, la ciudad de México se dispuso a recibir a los invasores. Los periódicos de la conserva, *El Cronista de México* y *La Sociedad*, el 9 de junio de 1863, daban la noticia de que el ejército franco-mexicano entraría a la ciudad al día siguiente a las diez de la mañana, y se daría posesión al general Forey de la ciudad “en calidad de amigo y aliado dirigiéndole una corta alocución”. Según el programa, terminada esta breve ceremonia el ejército marcharía por las calles más importantes de la capital y al llegar a la principal de Plateros se haría una salva de trece cañonazos. A seguidas, el general en jefe y demás personas de la comisión se dirigirían a la iglesia metropolitana para asistir al *Te Deum* que se entonaría como acción de gracias por el triunfo de la causa del orden.

Durante la ceremonia se izarían los pabellones francés y mexicano en la catedral, y también en el Palacio Nacional, los pabellones serían saludados con una salva de veintiún cañonazos.

Carros triunfales alegóricos recorrerían las calles de la ciudad, adornadas con cortinas, banderas, flores, y por la noche, fuegos de artificio, hermosos conjuntos de cohetes, bombas de iluminación arrojadas por morteros colocados en el llamado zócalo y en la alameda llamarían la atención de los capitalinos. En la plaza de armas tendría lugar un gran concierto del que disfrutaría todo el pueblo.

El 11 de junio *El Cronista* y *La Sociedad* comentaron la entrada del ejército franco-mexicano a la capital, que, al decir de estos diarios, fue apoteótica. Los arcos triunfales, uno en la calle de San Francisco y otro en la calle de Plateros, ostentaron los retratos de Napoleón III y la emperatriz Eugenia, versos e inscripciones en su honor, y también las efigies de los generales del ejército francés y del mexicano, cuyos nombres se enmarcaron con orlas de laurel. Los arcos merecieron el aplauso del público.

Tanto *El Cronista* como *La Sociedad* aluden al júbilo que en la “gente decente”, en la “parte sana” de la población había producido la entrada del ejército franco-mexicano. En el desfile llamaron la atención los zuavos, que eran vistos por la prensa satírica como “payasos de convite”, por su amplio calzón rojo. Pronto las alegres comadres de la ciudad de México empezaron a contar chistes colorados y coloraditos acerca de los zuavos, como el muy conocido sobre su impenetrable manera de pensar, y volvieron a oírse las burlas que con anterioridad les había compuesto *La chinaca*.

Ay viene el zuavo,
ay viene el zuavo,
señora ¿qué haré?
présteme un trapo
lo capotearé.

A las muestras de simpatía y apoyo de la “gente decente”, las tropas francesas correspondieron con un gran baile, el 18 de julio en el Gran Teatro Nacional, cuyo escenario quedó convertido en salón de baile y los corredores de arriba se decoraron con pirámides de macetitas naturales. Este baile satisfizo plenamente a la sociedad mexicana.

El general Forey se fue a vivir por el rumbo de San Cosme, que por aquella época era un barrio lleno de árboles, luz y agua, con casas entre-soladas, con jardines en los que florecían los rosales y las acacias. Y en la gran casa que habitaba en San Cosme, Forey obsequió a la sociedad

con un espléndido baile, el 22 de agosto. Al decir de *La Sociedad* (24 de agosto) el baile fue todo un éxito, pues para colmo de la felicidad:

Fue leída una carta de S. M. I. Fernando Maximiliano, al Exmo. Sr. General Almonte, expresando sus simpatías a favor de México, e indicando su resolución de aceptar la corona que de mucho tiempo atrás se suponía le habría de ser ofrecida.

Los generales mexicanos Juan Nepomuceno Almonte y Leonardo Márquez también fueron festejados. En la plaza de toros del Paseo Nuevo, el 26 de julio se les dedicó una soberbia corrida de toros de Atenco, con la cuadrilla de Pablo Mendoza, y una ascensión aereostática a cargo de Joaquín de la Cantolla y Rico. Ascensión considerada por la "Empresa aerostática mexicana", que trabajaba en la dirección de los globos desde el año de 1848, como un anuncio del progreso en las comunicaciones.

... La función señalada para este día se ha encomendado al aplicado joven Cantolla, que ha trabajado tanto en este sentido, y a quien animan los deseos más ardientes por el engrandecimiento de la ciencia de su país.

Por su parte, el joven Cantolla —a quien puede considerarse pionero de la aviación mexicana— se dirigió al público animándolo a presenciar su hazaña:

Entusiasta cual lo he sido por los viajes aéreos, hoy tengo el gusto de anunciar al público mi tercera ascensión, que verificaré en un globo nuevo y de forma regular: mide 180 000 pies cúbicos, y está marcado en línea perpendicular con los colores nacionales. A pesar de la festinación con que se ha hecho, no lo juzgo indigno de ser el precursor del aparato de dirección que está en obra, y el que también tendré la gloria de ocupar en unión de la empresa... si el público queda satisfecho, también lo estará Joaquín de la Cantolla y Rico.

Las fiestas, los bailes, las tertulias y demás diversiones, para halagar al ejército franco-mexicano, ocuparon a la "gente decente" durante muchos meses, en cambio el pueblo sufrió la carestía de los víveres.

Con la llegada del ejército francés la ciudad de México, empezó a disfrutar —sostenían los adeptos a la Intervención— los beneficios de la civilizada y progresista Francia. Muy emocionados daban las gracias a los ingenieros franceses por haber limpiado las principales acequias de la

ciudad, lo que permitiría gozar de la salubridad y se evitarían las desgracias originadas por la fiebre tifoidea y otras epidemias.

Y con no menos entusiasmo los periódicos participaban a sus lectores, que se iba a estar a la altura de París hasta en las letrinas:

Hoy hemos tenido el gusto de ver un aparato importado y perfeccionado para su aplicación en México por D. Víctor Bareau y L. Müller que consiste en un sistema de receptáculos para las letrinas que actualmente están en uso en Francia.

El ayuntamiento de la ciudad ante el ejemplo francés mandó limpiar las calles, poner el empedrado frente a los portales de Mercaderes, la Diputación, catedral, Palacio, Portal de las Flores y el centro de la plaza de armas, así como también a muchas calles, entre otras, la del Colegio de Niñas, Corpus Christi. A la calle de la Mariscala se le arregló la banqueta y se le puso enlosado nuevo. Se construyeron atarjeas y se repararon los pozos artesianos de la Concepción, San Pablo, La Merced, Plaza de San Juan, La Candelaria con pilastras de ladrillo, derrames de chiluca, copetes de cantería y se repusieron los tubos de hierro que habían sido robados en la Concepción.

En estas mejoras a la ciudad los caños azolvados se limpiaron, no se olvidaron los puentes de Solano y la Escobillera.

La plaza de toros de San Pablo valuada por el arquitecto don Vicente Heredia en treinta y cuatro mil pesos un real, se sacó a remate el 8 de octubre, y se arrendó el edificio del antiguo Hospital de San Lázaro.

La plaza de Santo Domingo se destinó a dolorosas escenas, por lo que sus vecinos dirigieron a las autoridades francesas y mexicanas una súplica:

A fin de que se sirvan disponer que las ejecuciones de justicia no sigan teniendo lugar en la expresada plazuela, sino en la de Mixcalco, en la Ciudadela, en el Ejido o en algún otro de los sitios que desde tiempo inmemorial ha sido teatro de tan tristes sucesos.

Al parecer las autoridades tomaron en cuenta la petición de los vecinos, pues la plaza de Mixcalco fue el sitio donde se ejecutó a los contrarios a la Intervención y el imperio, entre otros, el famosísimo guerrillero Nicolás Romero.

La alameda fue de los sitios que más se mejoraron, se le colocaron ladrillos curvos y elípticos, aplanado y se repusieron los zócalos. Se

levantaron en la parte de los frentes de Santa Isabel y San Diego, los asientos que estaban derrumbados, se repuso el enlosado de la banqueta, se aplanaron por los dos lados los asientos y se colocaron las lozas correspondientes para formarlos. También se quitaron las rejas de madera que se sustituyeron por otras de hierro, se cuidaron los jardines, pues la alameda se convirtió en el paseo de moda. Los domingos por la mañana Forey la honraba con su presencia, sonreía a los niños, les obsequiaba dulces y se hacían “reuniones improvisadas al compás de las músicas del ejército expedicionario”. La alameda se vio muy concurrida por las señoras que, ataviadas a la moda francesa, escuchaban embelesadas las polkas-mazurcas: “La boleta de las trincheras”, “Las imperiales”, “Los recuerdos de París”, “Las azucenas”, por sobre todo, “El beso”, gran valse para piano por L. Arditi, que tocaba una y otra vez el 99º batallón de línea del ejército francés, pieza que en correcta edición se hallaba de venta al precio de cinco reales en el Repertorio de Música de H. Nagel y Ca. en la calle de la Palma número 5, y en la Litografía de los señores Rivera e hijo, frente al Teatro Principal.

Aquellas inolvidables y poéticas “Mañanas en la Alameda” como las nombraba *L’Estafette*, terminaron el mes de septiembre, cuando el mariscal Forey fue relevado del mando y sustituido por el general Bazaine. El cambio no alteró la vida mexicana en la ciudad: los liberales proseguían su lucha, el pueblo padeciendo como siempre, y la sociedad continuó asistiendo a los teatros, a las tertulias y bailes que daban, ya el general Bazaine, o alguno de los otros generales franceses, y después, a las tertulias dadas por la Regencia.

El general Almonte recibía los jueves en Palacio a las ocho de la noche, y a ellas se asistía en traje de tertulia o de uniforme, sus tertulias resultaban muy animadas, se bailaba y los criados circulaban por todos los salones con bandejas llenas de bizcochos, pasteles y helados; se proscribió el helado de pistache por ser bastante venenoso. Allí podían verse a las más bellas jóvenes que, según aseguraban los cronistas sociales del tiempo, la que no parecía rosa, semejaba azucena o violeta.

El 23 de noviembre de 1863 la sociedad recibió con gran alborozo la invitación de los prefectos políticos y del ayuntamiento de esta corte para celebrar con una función de teatro en la que se representaría

la ópera *Norma*: “la aceptación que de la corona de México ha hecho el Emperador don Fernando Maximiliano de Austria”.

La función reunió —comentaba *La Sociedad* (24 de noviembre de 1863)— a lo más selecto de la gente de México.

todo lo que vale se dio cita allí, pues siempre es necesario patentizar el entusiasmo por la monarquía, en todas las clases sociales se advierte una animación y un deseo de contribuir a este propósito...

Y añadía refiriéndose con bastante acrimonia a los liberales:

no sucedía lo mismo con aquel entusiasmo oficial de los puros, cuando de entre ellos mismos los padres tenían que sacar a sus hijas del teatro por las torpes representaciones que daban a su público.

Por fin, Maximiliano aceptaba la corona y a partir de ese momento los periódicos conservadores se dedicaron a señalar las ventajas de la monarquía. La “gente decente” se desentendió de que el resto del país continuaba en lucha contra la Intervención, de que Juárez seguía sosteniendo la causa republicana, y no tuvo más pensamiento, más ilusión, que esperar la llegada de los soberanos Maximiliano y Carlota.

Para recibir dignamente a los emperadores por bando de 20 de enero de 1864, se ordenó pintar y blanquear las casas, y también se hizo una “elegante y correcta impresión” de un plano de la ciudad.

La prensa francesa y la conservadora consideraron como día de júbilo y de esperanza el 11 de junio de 1864 en que los emperadores de México, Maximiliano y Carlota, llegarían a Guadalupe y de allí a la capital:

De México —decía *La Sociedad*— salieron tres caravanas, la primera: compuesta de señoras en carretelas abiertas llevando cuanto en nuestra capital hay de notable en juventud, belleza y posición social, la segunda caravana centenares de jinetes en traje de montar y la tercera de pedestres llevando pedestales con banderas tricolores.

En Guadalupe los emperadores recibieron los primeros vítores y una andanada de bendiciones, alocuciones, poesías, flores.

La gente mocha —asegura un testigo de la época— también mocho, enloqueció ese día. La entrada de Maximiliano y Carlota a la ciudad de México fue algo nunca visto. La capital se engalanó. Ricos corti-

najes adornaban las ventanas y las puertas de las casas: banderas, gallardetes y flámulas ondeaban en los edificios y un arco majestuoso:

De orden romano, de bellísimas proporciones... sujeto a las reglas más rígidas de la arquitectura, nada hay en él que no admire, que no revele ser obra de arte por esencia. En ese arco lucen cuatro famosas columnas de bellas proporciones y entre los intercolumnios se descubren en relieve, la alegoría de las ciencias y las artes. Sobre el cornisamento se admira un friso donde van representadas, en bajorrelieve, la comisión de Miramar, la junta de Notables: sobre ese acabado friso, que sirve como de zócalo, se destaca la estatua del Emperador, de 3 y media varas: a su derecha tiene la figura que representa la Equidad, y a la izquierda la Justicia; ambas de un mérito sobresaliente y de gran efecto (*El Cronista*, 15 de junio de 1864).

El arco fue obra de los profesores de la Academia de Bellas Artes, Epitacio Calvo y Felipe Sojo, y también del joven Petronilo Monroy, éste último:

Autor —añadía *El Cronista*— de varios cuadros de mucho mérito, y de los bellísimos retratos de SS. MM. que en estas noches de iluminación, se han ostentado en el balcón de la casa del Sr. Escandón.

Las campanas de los templos fueron echadas a vuelo, su clamoreo se unía a las salvas de los cañones, las músicas y los cohetes.

La noche de la entrada de sus majestades la calle de Plateros quedó convertida en una ascua por la cantidad de arcos, de luces, arañas de caprichosas formas, farolillos venecianos y millares de vasos de colores, flores, banderolas y colgaduras.

Durante muchos días siguieron las fiestas en honor de Maxmiliano y Carlota: hubo acciones de gracias, bailes, funciones de teatro, poesías, piezas de música compuestas en su honor, tales como “Gran marcha nacional” del pianista don Antonio de María y Campos; la “Corona del imperio” de José Marzau; “Fernando y Carlota” danza habanera de Eusebio Delgado.

Fastuosos recibimientos que ocultaban el desastrado fin que esperaba a sus majestades imperiales.

La prensa satírica, esa que velaba por la integridad nacional, comentó a su manera la aceptación del trono de México por Maximiliano y Carlota y, asimismo, glosó el comportamiento de los mexicanos en la corte imperial; en resumen, todos los matices de la vida mexicana durante el imperio.

En mayo de 1864, cuando el advenimiento de Maximiliano al trono de México, ofrecido por la Junta de Notables, era casi un hecho, apareció en Monterrey adonde se encontraba el presidente Juárez, desde el 3 de abril, un periódico satírico llamado *El Cura de Tamajón. Periódico dominiguero. Las suscripciones se reciben en la casa de Correos y en la Casa del diablo. Vale Medio Real*. El primer número salió el 15 de mayo de 1864, y el último el 14 de agosto de ese año, un día antes de la salida de Juárez rumbo a Chihuahua.

Guillermo Prieto es el redactor de este periódico que puso en solfa a la intervención y al imperio.³

La ocurrente musa de Guillermo Prieto en este periódico *El Cura de Tamajón*, el 22 de mayo, anunció por medio del romance que intituló: "¡El Imperio!" las nuevas que llegarían con la corte imperial y, también, las alteraciones que, según los incondicionales del emperador Maximiliano, harían de México una nación civilizada, digna de figurar en el consorcio de los cultos países europeos.

Con gran desenfado Prieto vaticina el cambio de costumbres y de intereses que nos iban a dar patente de civilizados: el francés desplazaría al idioma español, el catecismo del Padre Ripalda interrumpiría su sonsonete y trocaría su lección por el divertido, aunque considerado muy indecoroso novelista Paul de Kock que, a decir verdad, no era tanto, lo atrevido de sus novelas se reduce a unas cuantas fugas de amantes, citas al anochecer, besos apasionados, viajes en coche, total nada, la más pálida película francesa de hoy día, tiene más fogosidad, más movimiento en la acción amorosa que todas las del vilipendiado Paul de Kock. En el año de 1865 era muy popular su novela *El prado de amapolas*. De todas maneras, el dejar de lado el catecismo por Paul Kock, sería por parte de los "cangrejos" un síntoma de adelanto, debe haber pensado desmoreciéndose de risa, el chinacate Guillermo Prieto.

El poeta sigue anunciando novedades: habrá corte y en ella figurarán personajes tan conspicuos —ironiza— y de tan nobles sentimientos, ya que no de blasones, como Leonardo Márquez, más conocido como el "Tigre o la Hiena de Tacubaya", y el no menos hijodalgo Miguel Miramón.

³ *El Cura de Tamajón*. Edición de homenaje al triunfo de la República, Monterrey, Nuevo León, México, 1967. El excelente prólogo de Santiago Roel hijo, proporciona todos los datos relativos a este periódico, a los temas que trató y a su redactor Guillermo Prieto.

Pues, señor, la cosa es hecha
tendremos emperador,
y una emperatriz tan *chula*
que según el *Moniteur*,
bajó por ella hasta el *sesto*
el célebre Napoleón,
(no hasta el *sesto* mandamiento
sino hasta el *sesto* escalón).
Habrá corte a la francesa
con sus nobles *comme il faut*
en que figuren unidos
Mathieu de Fossey,⁴ Bonhomme,
Zermeño, Tovar, Taboada,
y Márquez y Miramón,
el *héroe* de Tacubaya,
y el que los fondos robó
de la legación inglesa
convirtiéndose en ladrón.
—Será la modista Hortensia
sin duda dama de . . . honor,
y las escueleras Vázquez⁵
dejarán de dar lección
y en vez del *Padre Ripalda*
leerán las gentes de pró
los libros *entretenidos*,
del alegre *Paul de Kock*.

Y para todos habrá como tengan paciencia y fe en el imperio, hasta
las viejas alcanzarán su *grand prix*, socarronamente vaticina Prieto:

Por supuesto que tendremos
una brillante legión
de austríacos ya decididos
a dar pruebas de valor,
casándose con las viejas
que quieran la intervención,
porque sólo intervenidas
por un milagro de Dios
hallarán las tales momias
quienes les hablen de amor.

⁴ Director del Colegio Francés de Enseñanza Secundaria para Varones. Calle de San Francisco núm. 12 y autor de *Le Mexique*. París, 1857.

⁵ Junto con su hermana Prudencia de Fossey dirigía la Casa de Educación para niñas. Enseñanza primaria y secundaria. Calle de San Francisco núm. 12.

Las modas, las comidas, los bailes serán conforme a los dictados de París, y el canacán cautivará a todos:

—Vendrán de París las modas,
los libros, la ilustración...
peluqueros a bandadas
cocineros a montón.

—Se ordenará que los chicos
olviden el español,
y que hasta las beatas recen
en la lengua de Dantón,
aprenderán las muchachas
el *can cán* fascinador,
y habrá cosas... ¡Dios eterno!
que no puedo decir yo,
porque es moral como nadie
el *cura de Tamajón*.

El “Cura de Tamajón” no iba tan descaminado, pues adelantando los acontecimientos, apenas transcurridos seis meses de establecido el imperio, ya las honestas familias alarmadísimas, se quejaban en el periódico *La Monarquía*, de las novedades que salían de las mercerías alemanas:

Unos anteojitos con miniaturas lúbricas, que se venden mezclados con las miniaturas de los santos y retratos de los soberanos.

Para agosto de 1866 *El Cronista* (10 de agosto), daba a conocer la decisión de las autoridades de recoger de los almacenes, tiendas o de cualquiera persona que las compren o las vendan, las estampas obscenas que se han hecho circular con profusión entre la juventud, ya que según el ayuntamiento:

Este tráfico corrompe la moral, pervierte las costumbres y siembra en el corazón de los jóvenes el germen de vicios degradantes que producen en la sociedad males de grande trascendencia. Y no bastando a corregirlo las penas que se han impuesto a las personas a quienes ha aprehendido la policía circulando tales estampas, ha dispuesto se haga saber al público... que la aplicación de las penas será tanto más severa, cuanto es mayor el escándalo causado por un delito que repugnan la moral y la decencia.

Ya el “Pensador Mexicano” en 1813, en uno de sus muchos folletos, el titulado “Secretos útiles y eficaces para muchas personas hallados en la cartera del Gran Turco”, censuraba a los imitadores de las modas extranjeras diciendo: “El que quiera parecer mono que esté pendiente de las modas extranjeras para imitarlas.”

Y a los monos de la Intervención y del imperio la crítica liberal les tundió duro y macizo. Guillermo Prieto conocedor de las debilidades de la “gente decente”, de la “parte sana” se burló con su peculiar gracejo, como se ha visto, de la influencia francesa que se agudizó con el imperio, y lo mismo hicieron los redactores de la prensa de oposición, pues la vida de la alta sociedad mexicana, y también la de la mediana, se había teñido de color azul de lis.

Las modas, los almacenes, las joyerías —la más famosa fue la Baulot en la calle de Plateros— los muebles, los cuadros, los colegios y hasta las devociones fueron francesas. *La Orquesta* en sus editoriales “Gran ópera cómica. Los mexicanos civilizándose” (febrero de 1866) dio a estos amantes de la civilización europea su buen meneo.

La Sombra, periódico jocoserio, ultraliberal y reformista. Escrito en los antros de la tierra por una legión de espíritus que dirigen Mefistófeles y Asmodeo publicó, el viernes 6 de enero de 1865, el romance: “Un año de Intervención”, en el que criticaba el afrancesamiento de muchos mexicanos que imitaban las costumbres extranjeras, las modas como el frac y el sombrero alto y blanco, abominaban de los guisos nacionales y de toda nuestra tradición. Bromeando, bromeando, Juan A. Mateos bajo el seudónimo de “Mefistófeles”, habla del primer escollo con que tropiezan los que quieren ser franceses, el color de la piel:

Estoy resuelto, querido
voy a volverme francés,
¡Martínez!, nombre prosaico,
desde hoy firmo *Martinet*.
Lástima que tenga el cutis
color cenizo *moaré*.
Y el cabello negro mate,
qué marca ¡por San Andrés!
Sólo me queda en mi abono
la grandeza de mi pie,
medio metro ¡Santa Bárbara!
¡Qué botas, ni Robespierre!

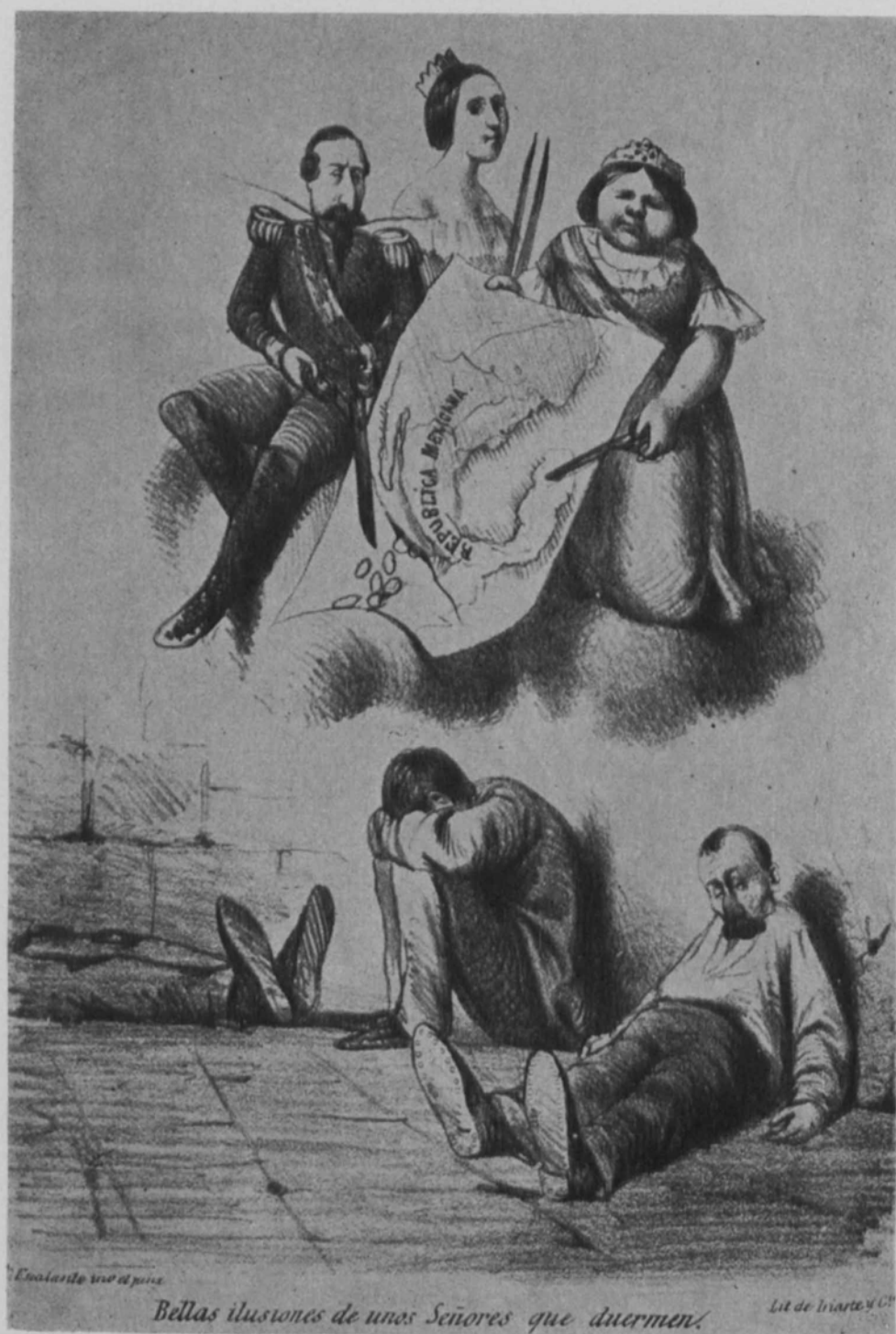


Figura 1. Bellas ilusiones... Napoleón III, Victoria de Inglaterra, Isabel II de España. *La Orquesta*, 7 de septiembre de 1861.

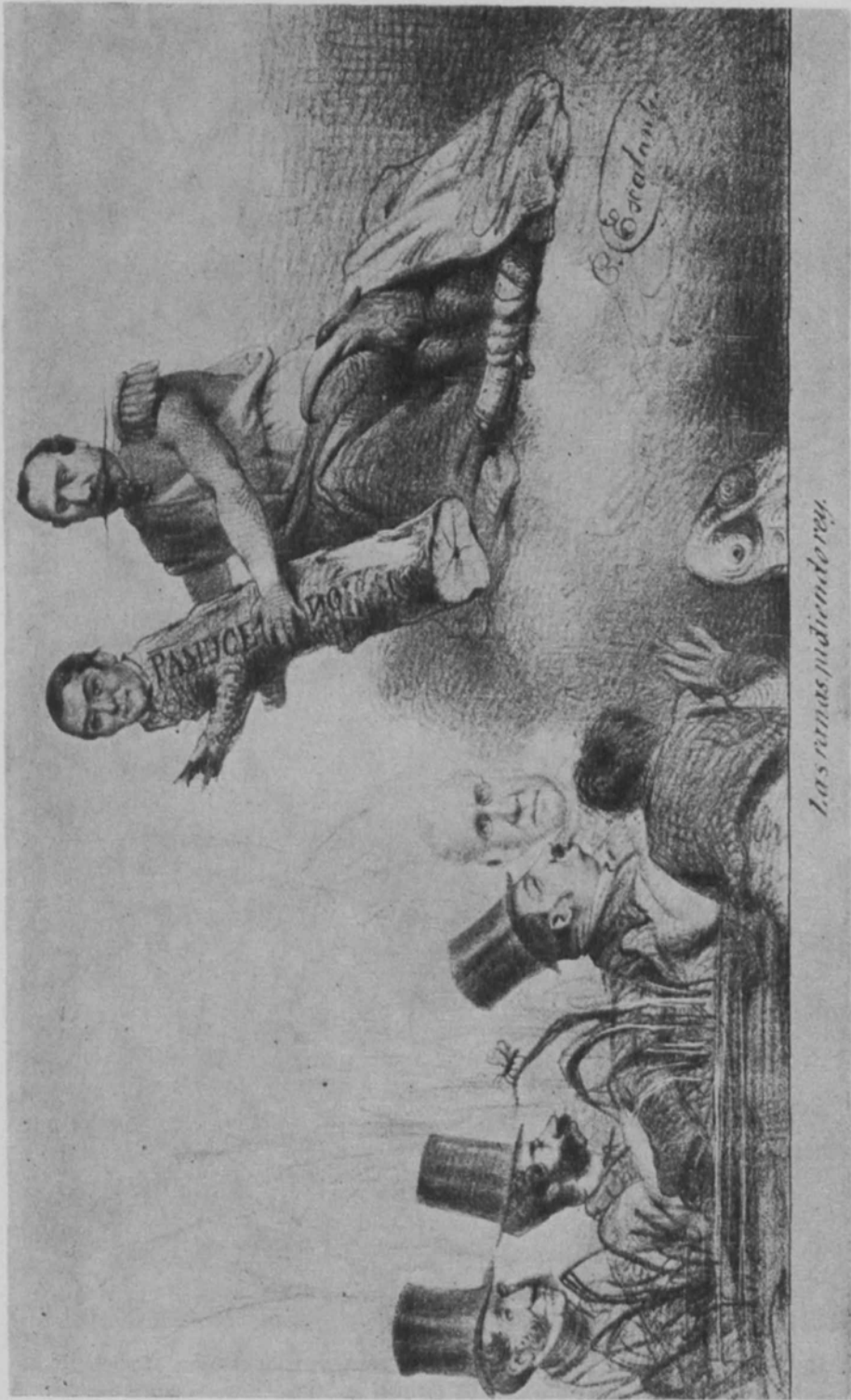


Figura 2. Las ranas pidiendo rey. El general Juan Nepomuceno Almonte y Napoleón III. *La Orquesta*, 5 de abril de 1862.

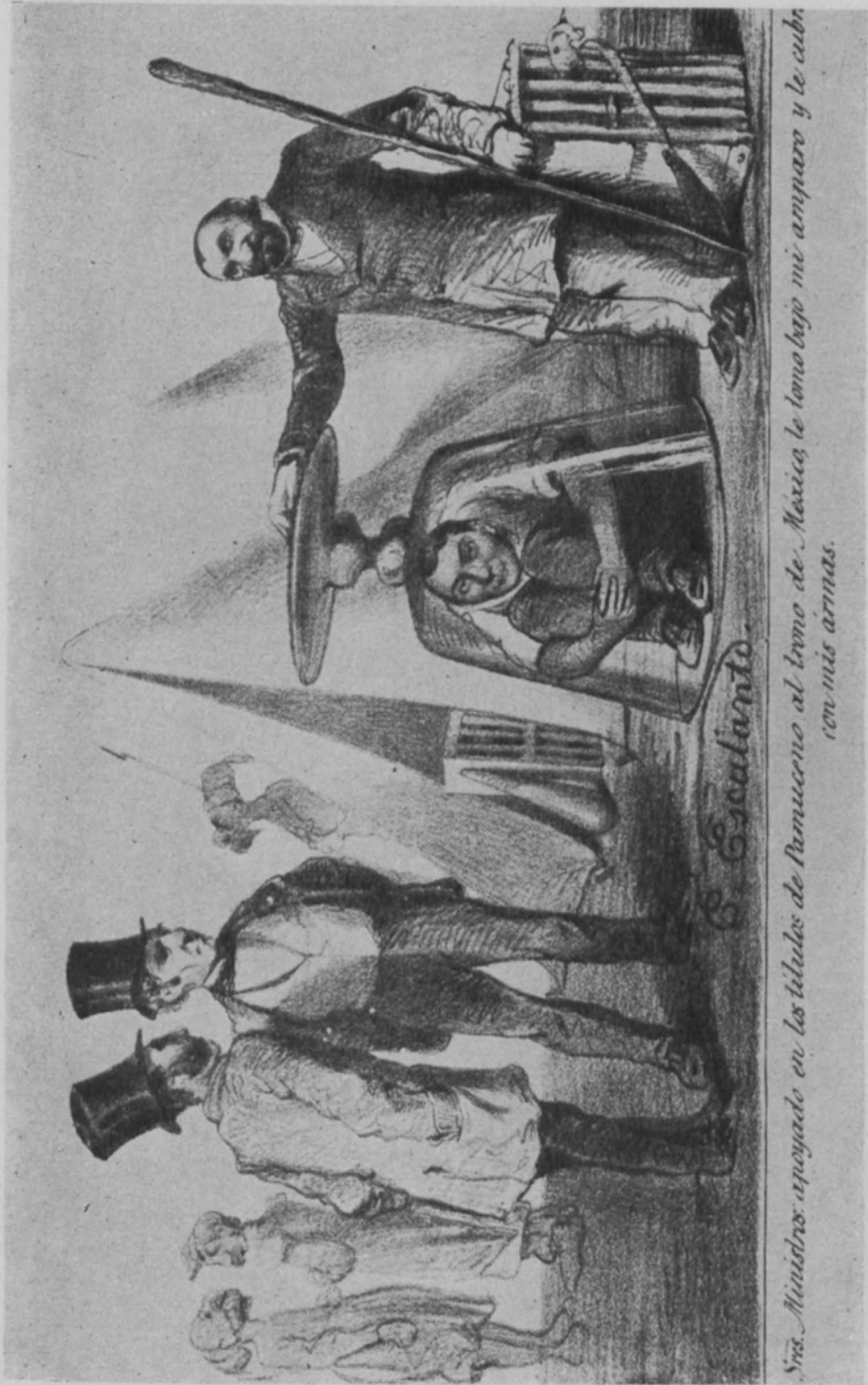


Figura 3. Señores ministros... Juan Nepomuceno Almonte y el embajador de Francia Dubois de Saligny. *La Orquesta*, 9 de abril de 1862.



Figura 4. General Ignacio Zaragoza, vencedor de los franceses el 5 de mayo de 1862.



Figura 5. No os aflijáis amigos... El embajador francés Dubois de Saligny y los derrotados zuavos. *La Orquesta*, 31 de mayo de 1862.



Figura 6. Al primer Tapón Zurrapas... Napoleón III pesca la derrota del Cinco de Mayo. *La Orquesta*, 26 de noviembre de 1862.



Figura 7. Ahí viene el toro... El mariscal Federico Elías Forey, Vicente Riva Palacio y el general Jesús González Ortega: *La Orquesta*, 3 de diciembre de 1862.

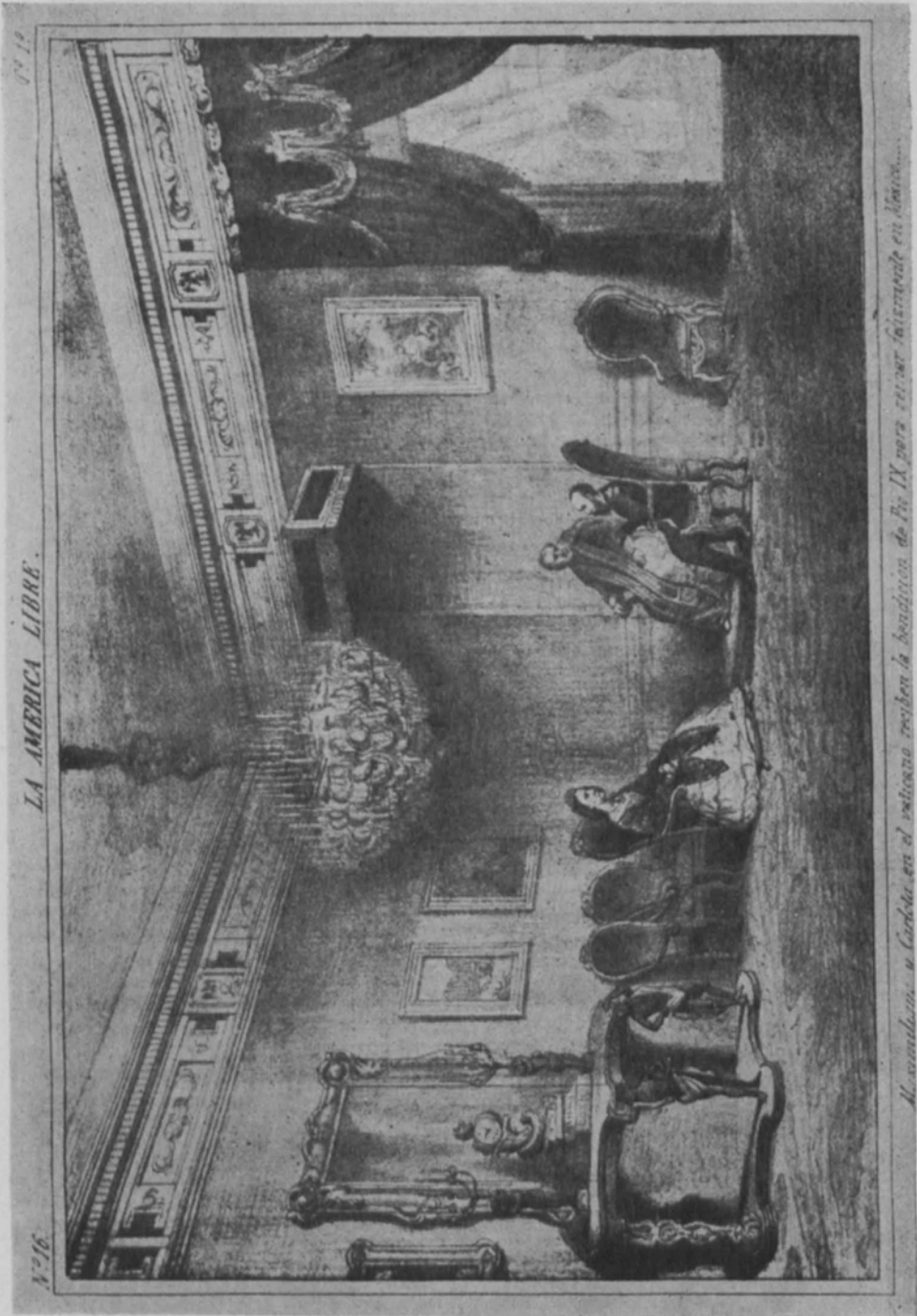


Figura 8. Maximiliano y Carlota... La América Libre, 26 de noviembre de 1867.



Figura 9. Maximiliano y Carlota. *La Sociedad*, 12 de junio de 1864.

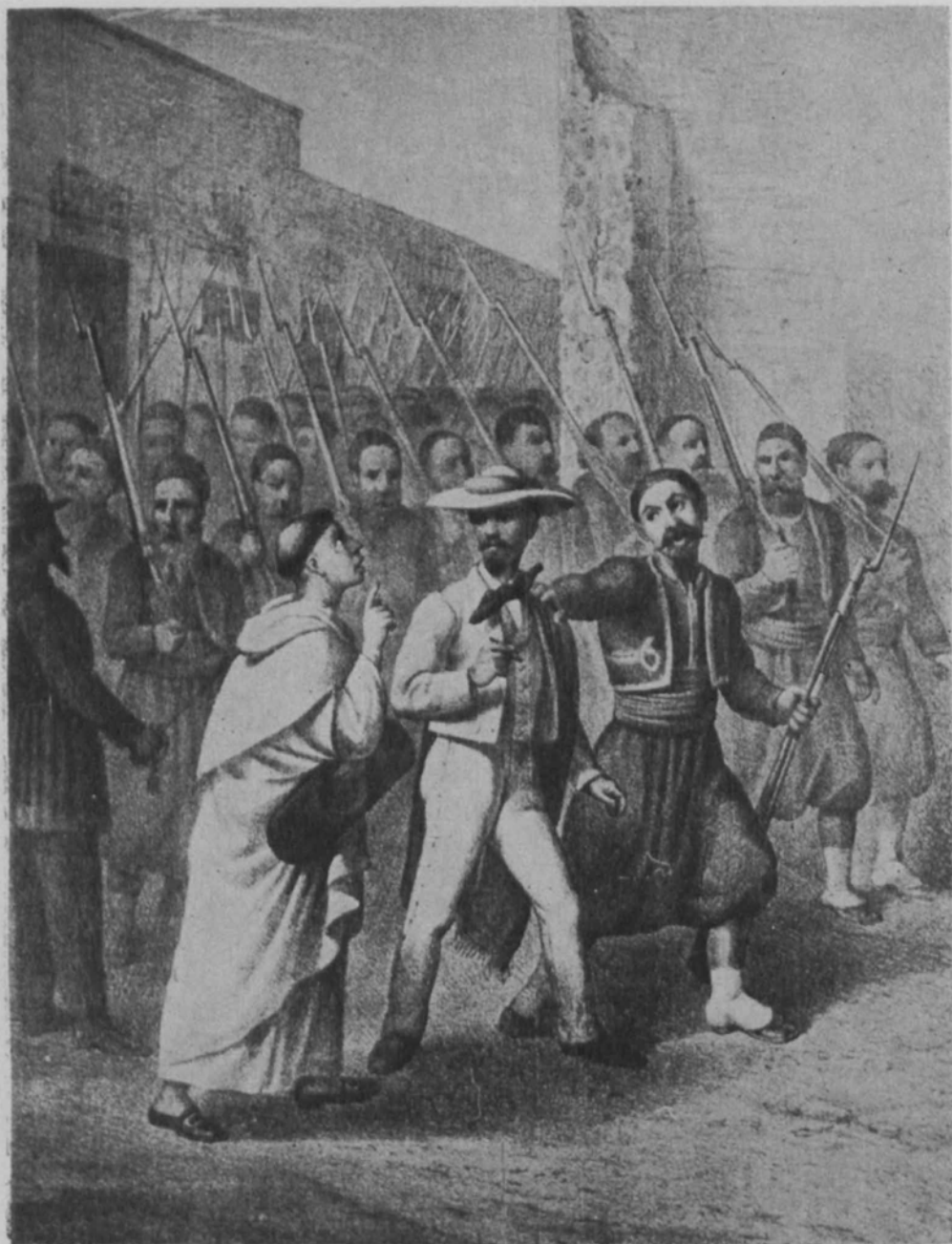


Figura 10. El Guerrillero Nicolás Romero. *El Libro Rojo*. 1870.



Figura 11. Modas. *La Orquesta*, 29 de mayo de 1861.



HISTORIA DE UNA ROSA,
Y CONFIDENCIAS.

Lecturas de D. José Zorrilla en el Casino
Español en 1854.

Se ha publicado con este título un cuaderno que contiene dos composiciones del Sr. Zorrilla, leídas por él en el Casino Español en el presente año. La una es la *Historia de una Rosa* lectura del *Cuento de las flores*, y la otra *Confidencias*, y serenata á S. M. C. Doña Isabel, leída por el Sr. Zorrilla el 19 de Noviembre último.—La impresion es limpia y hermosa, y está hecha en papel de lujo.—Valé el cuaderno *tres reales*, y se vende en los puntos siguientes:

Casino Español.

Librería Española, portal del Aguila de Oro.

Librería de los Sres. Andrade y compañía, Portal de Agustinos

Despacho de billetes del teatro Principal.

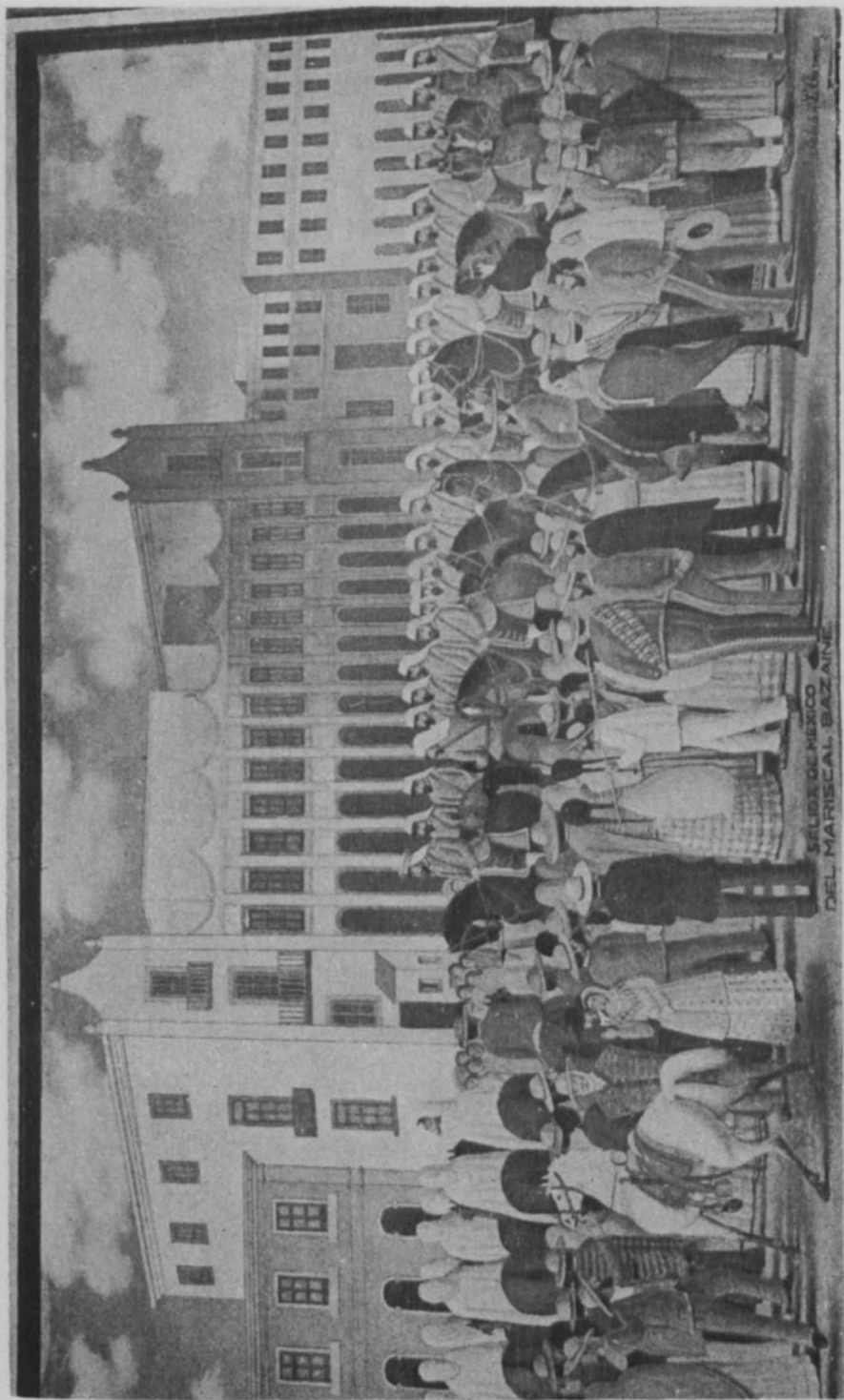


Figura 13. Salida de las tropas francesas. Pintura popular.

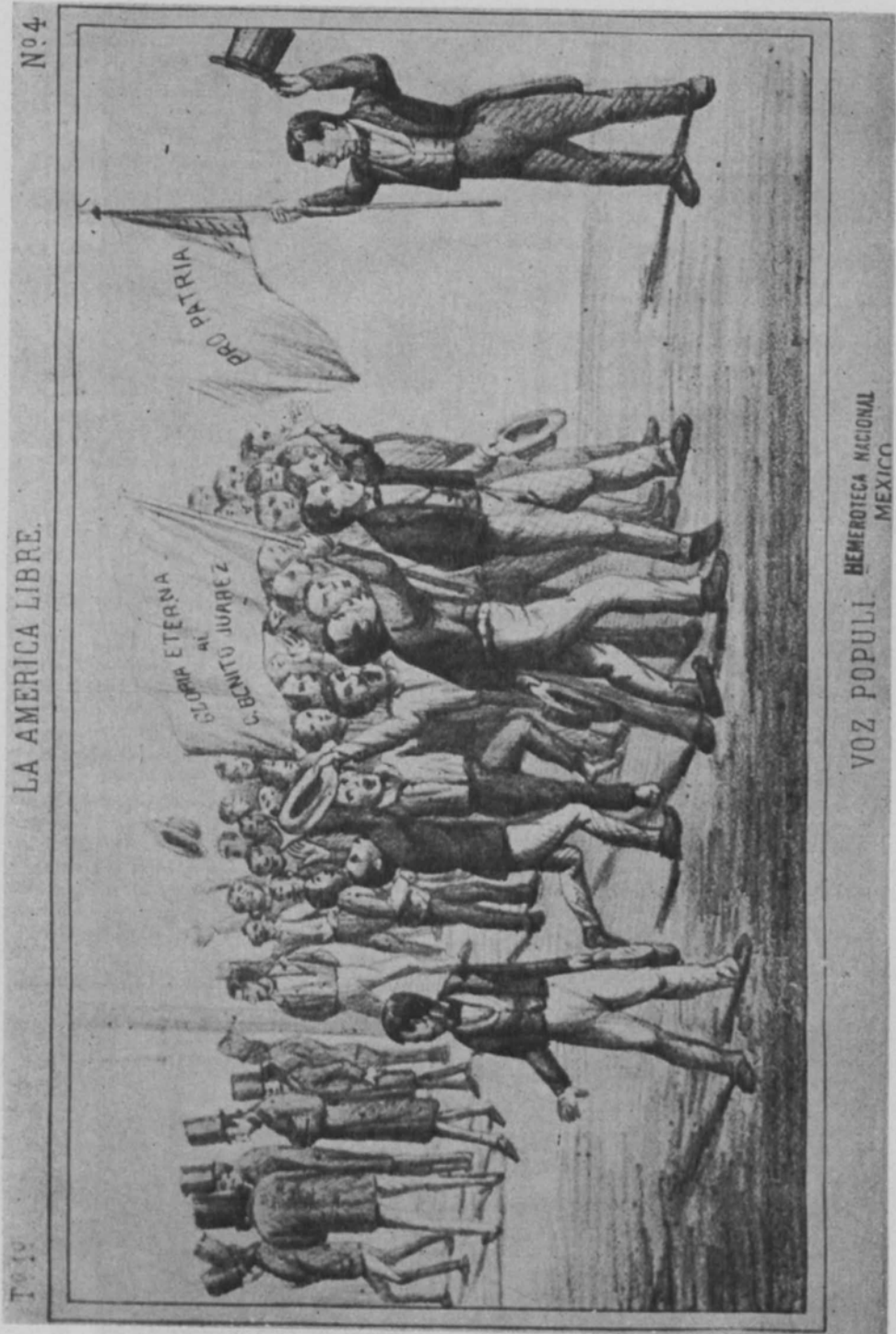


Figura 14. Triunfo de la República. *La América libre*. 11 de octubre de 1867.



Figura 15. Cosas de Forey. Litografía de Melchor Álvarez. *El Monarca*, Periódico soberano y de origen divino. 18 de octubre de 1863.



Figura 16. Transformación de un... (alusión a Alfonso Dubois de Saligny). Litografía de Melchor Álvarez. *El Monarca*, Periódico Soberano y de origen divino. 22 de noviembre de 1863.

Hoy me planto una corbata
que llaman azul *glacé*.
Sombrero a cincuenta grados
y de forma de almirez.
Si no me presento así
ostentando mis *cashé*.
¿Qué dirán la culta Francia
y el ejército francés?

Para ser auténtico francés piensa “Martinet” es necesario renegar de las comidas mexicanas y enseñarse a gustar los platillos extranjeros, como unos años atrás, en su fonda El Bazar, había enseñado Monsieur Coquelet, y en esos días seguía enseñando Monsieur Porraz, nuevo dueño del restaurant El Bazar y del Tívoli de la Piedad. El Tívoli del Eliseo donde almorzaban los elegantes, se ufanaba de su cocinero francés Agustín Delobelle, recién llegado de París.

Para completar su educación extranjera “Martinet”, debe tomar en el Café de la Concordia a las once, el opalino *absynthio* o ajenojo; *vermouth* a las doce, *coñagc* a las tres de la tarde y madera o *champagne* por las noches. O bien llegarse al hotel Iturbide para beber algunos *gin-cocktails* o *sherry-cobllers*. Comprar dulces en las dulcerías francesas la del Águila de Oro de L. Raynaud, en la de T. Devers Puente del Espíritu Santo número 2 (años después sería la muy afamada dulcería francesa de M. Deverdun). Ir a la pastelería y nevería italiana de Fulcheri, calle del Refugio número 18 y paladear los vinos y licores de la casa Fokin de Holanda, probar los helados a la italiana o napolitana y saborear el queso-crema y la crema chantilly, dos especialidades de la casa, verdaderas novedades en la historia gastronómica de la capital. Otra novedad fue el establecimiento de la Gran Fábrica de Aguas Minerales y de Limonada Gaseosa (calle de San José el Real número 21), cuyo dueño el boticario L. Pauer anunciaba las gaseosas de limón, naranja, fresa, grosella y piña para conservar y purificar la voz, de las señoras y señores que cantaban.

El café de Fulcheri era el más distinguido de la capital, con espejos dorados y criados vestidos como de casa real.

Por lo regular casaca
visten y blanco collar
pantalones a la inglesa
y chinela de bailar...

De moda está el tal Fulcheri
lo repetiré ahora más
para que todos lo sepan
que es el punto principal.

Volviendo a “Martinet”, muy resuelto como está a tornarse francés, considera detestable la comida mexicana:

Quien toma le huajolot,
ni ese picante *chilé*
ni esas bebidas malditas
le *pulquit*, el *atolet*.
Manitas en escabeche
¡Qué horror! Papas en *puré*,
esas que llaman *poteitas*
en la jerga del inglés.
Desde hoy mi estómago acepta
el método *Coquelet*.
Rábanos diminutos,
remolacha y el *bistec*.
Los huevos condimentados
por el sistema *Loshé*.
La bebida boticaria
de moda ¡*viva el absent!*
Si no martirizo el vientre
¡y me enfermo suerte infiel!
¿*Qué dirán la culta Francia*
y el ejército francés?

“Martinet” tiene también la firme resolución de olvidar su ascendencia indígena, el idioma español, con un superficial conocimiento del idioma y de la cultura francesa está listo para su cambio de nacionalidad.

Ya no he de decir *tlachique*
ni hasta *moxtla*, sino adieu.
Huarache es un desatino,
¡*Silans!* ¡*Silans!* ... ¡qué placer!
No hablarán la culta Francia
ni el ejército francés.

Como Martínez hubo también muchas mujeres que quisieron afrancesarse y sucumbieron de inmediato ante la moda francesa, aceptaron jubilosas los peinados, los trajes, los sombreros, las flores, los perfumes y afeites.

Los peluqueros franceses llegados a montón —como rimaba Prieto— con estudiadas maneras y mucha labia se dispusieron civilizar a las damas en sus elegantes salones instalados en las principales calles de la ciudad de México: Plateros y San Francisco.

En los primeros días de julio de 1865 se anunciaba el Nuevo Salón de Peluquería, en la segunda calle de San Francisco número 8, de los hermanos Macé, discípulos del afamado peluquero de la emperatriz Eugenia, M. Leroy.

En los peinados de moda se lucían castañas simples, dobles, de trenzas, de rizos, que se adornaban con alfileres, *sous bandeau*, encrespados y abultados para peinados de Amazona, y los peinados *Benoiton* especiales para bailes y *soirées*, estos últimos especialidad de la peluquería de La Bella Unión, calle del Refugio número 7. Peinados que se adornaban con peinetitas de carey, de oro, doradas. El peinado llamado de la Emperatriz llevaba tres peinetitas; los postizos se sostenían con redcillas y las había invisibles. Nada importaba que los postizos fueran de pelo muerto.

Peluquería y perfumería renombrada era de Enrique Escabasse y Cía., calle de Plateros y del Espíritu Santo, en donde se podían encontrar guantes de Jouvin, neceseres de costura, cajas de olor, espejos *physé* para el tocador y un gran surtido de hebillas.

La peluquería Al Castillo de las flores, de C. Alexandre y Cía., Plateros número 9, trajo su peluquero de París, D. M. Baudoin, especialista en peinados de novias y de bailes. Y la Peluquería del Buen Tono, esquina de la Profesa y del Espíritu Santo (la que años después sería la Peluquería de Micoló, inmortalizada por Gutiérrez Nájera) no se quedó atrás, en su salón atendía el italiano Domingo Sicardi:

Ex peluquero de S. M. la reina de España y de la Real Casa de Cerdeña, Italia. Promete no usar peines ni horquillas y variar el peinado durante treinta días. Se ofrece para los tocadores de bailes.

En la peluquería La Elegancia se cobraba por peinado de baile cuatro pesos y dos por sencillo.

Peinados tan elaborados sólo podían lucirse con un hermoso pelo que se podía obtener con el *zylobálsamo* o *domador universal*, nombre ya de suyo mágico.

Para las canas no había nada como la tintura francesa o la del norte de “Batchelor”, tinturas que se despachaban en la Tienda de la Salud,

Santo Domingo y Cordobanes. Pero estos productos tenían sus inconvenientes, afirmaba el italiano Jacobo Alimento, que alababa su propia tinción “la agua eléctrica”, nombre precioso que manifiesta la fe ciega que en el progreso se tenía: “la agua eléctrica” teñía uniformemente de un lindo color de azabache el pelo, sin manchar el cutis como la francesa, ni ponerse verde como la de “Batchelor” y su acción se garantizaba por cinco meses.

Los peluqueros franceses, cuyas hábiles manos habían hermoseado las testas coronadas —como se ve— iban civilizando a gran prisa a las mexicanas adornándolas con postizos, perfumándolas con los exquisitos aromas de la Francia, los mismos perfumes de la Casa de Armas de Francia y Rusia, que L. Legrand fabricaba para Napoleón III, y cuyo depósito estaba en la calle de Tiburcio número 2, a cargo de Eugenio Maillfert.

La tarea civilizadora de estos peluqueros obligó a las damas a usar enjuagues para la boca como la *Odontine* o el *Sozodonte fragante de Van Burskirk*; y para estar siempre frescas les recomendaron las aguas floridas de “Lubin” “el agua de la Emperatriz por lo fino de su aroma”. La eficaz leche antefélica para quitar manchas y granos de la cara, con iguales resultados podía utilizarse el “jabón balsámico”. Para algún pelillo indiscreto era infalible el “secreto de Cupido”. Los productos “Oriza” fueron muy usados lo mismo que las pomadas de violeta, jazmín rosa-the, polvos de arroz, de lis, y los extractos de “Bouquet de la Emperatriz de México”, “Emperatriz Eugenia”, “Violeta de Parma”.

Y hasta los fabricantes norteamericanos como la compañía Colgate, deseosos de introducir sus productos, estuvieron a tono con las circunstancias, elaboraron expresamente para México, “el jabón Imperial que comprende los perfumes más a la moda en el día, a saber Rosa, Almen-dra, Lechuga, Vinagre, Patchoali, Miel Inglesa, Glicerina y Windsor”.

Compitiendo con las aguas perfumadas francesas fue muy popular la colonia “De Murray y Lemman, de Nueva York”, “preparada con las flores más fragantes de los trópicos” y que tenía más virtudes que las europeas, pues lo mismo refrescaba, perfumaba, que aliviaba el “dolor de cabeza, debilidad e histérico”.

Para los nervios exaltados fue moda el uso de los cinturones y brazaletes magnéticos que se vendían en la Tienda de la Salud, a cinco pesos el cinturón, tres el collar y tres el brazalete. A cien años de distancia las pulseras magnéticas, ahora llamadas “japonesas”, se usan como

panacea de todos los males, se llevan de acero inoxidable o de oro, según las posibilidades de los creyentes.

Muy apreciados eran los siguientes medicamentos:

Pepsina Nutrimentiva, el Elixir tónico antiflemoso de Guille para enfermedades del pulmón; “El descubrimiento médico del siglo De Kennedy que cura todo mal humor, desde la peor escrófula hasta el más insignificante barro de la cara”; los Bizcochos depurativos del doctor Olivie, infalibles para todas las enfermedades de la piel, dolores reumáticos, de los ojos y de la sangre y, sobre todo, la muy afamada “Zarzaparrilla de Bristol” el gran purificador de la sangre en todos los casos producidos por humores depravados o impurezas, los pacientes desahuciados no deben desesperar —afirmaba el prospecto. También era excelente remedio la Zarzaparrilla de Bristol para “la primavera y verano, humor salitroso, sarna, herpes, tiña y escorbuto”.

Pero mientras las mujeres con tanto entusiasmo acogían la moda francesa del peinado y del *make-up* que las embellecía, y las hacía parecer como aristócratas europeas, la prensa de oposición que veía en este vasallaje sin discrimen, un peligro para nuestras tradiciones y costumbres, empezó a fustigar a las elegantes que, al través de las modas, apostataban de nuestras tradiciones y costumbres. Puso en chirigota los peinados y a las damitas que, con tal de estar a la moda, llevaban postizos rubios en su cabellera negra. Eran tan risibles los grandes copetes que parecía que se adornaban la frente con astas de toro.

... Amo tus pupilas castas
cuando me miran tranquilas;
mas cuando te emperejilas
me causan miedo tus astas.

Y mi mente se marea
porque pienso, así peneque,
que si te ve Tirabeque,
de seguro te trastea.

En fin, niña, dame gusto,
mírame con ojos tiernos,
y no me amagues con cuernos
porque ¡me muero de susto!

La Orquesta machacó, en “Carta de un payo” (12 de agosto de 1865), sobre la moda tan ridícula adoptada por las mujeres: las grandes colas

de media vara con las que recogían a su paso por calles, principalmente por la de Plateros, recuerdos y olores no muy gratos. *La Tos de mi Mamá, periódico escrito en burro por cuatro idem*, se reía de las crinolinas de cien alambres.

Las mujeres no se contentaron con admitir las modas parisinas, se enloquecieron, lo mismo que sus padres, por los franceses, a los que consideraron “muy bien plantados y guapos”, pues eran rubios. La sátira caricaturizó esta inclinación.

Con acento de alfeñique
y con andaluz jaleo,
cuando el triunfo del manteo
anunció el traidor repique,
entró en casa don Fadrique
Aumentando la boruca,
y le dijo a su hija Cuca
moviendo alegre los piés:

*Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija!, te pido por yerno un francés.*

Quiso el francés un abrazo
y la niña resistía,
el papá que la veía
no manifestó embarazo.
¿Cómo no estrechas un lazo,
con quien tiene su importancia
¡qué dirá la culta Francia!
Tres bien . . . hijita ¿lo ves?

*Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija!, te pido por yerno un francés.*

Las jóvenes adictas a la Intervención pensaron que no valía la pena aprender el idioma, comer, vestirse y adornarse a la francesa si no se tenía de novio a un francés.

La Orquesta (8 de julio de 1865), se dolía del desdén que muchas mexicanas sentían por sus paisanos, más que por otra cosa, por ser de tostado color y que, para estar *a la dernier*, se morían por el amor de los rubicundos extranjeros. En este gracioso “Pasatiempo” dialogan una mocha y una chinaca.

—Josefa, ya tengo novio,
—¡Jesús me ampare, Isabel!
—¿Novio tú a quien educaban
para monja? No es de creer.
—Pues cierto, como lo oyes,
es un soberbio doncel,
tan apuesto, tan gallardo,
que no encontraré otro a fe.
—¿Es mexicano? —Ni digas...
—¿De algún Estado? —¡Pardiez!
Que en México no se encuentra
un novio cual debe ser.
—¿Será extranjero? —Atinaste;
tengo de novio un francés,
que hasta agua se hace la boca,
un cazador de Vincennes;
me parece arroz de leche
la blancura de su tez,
y el color de sus mejillas
semejantes a un clavel;
sus cabellitos son de oro,
su cintura, todo es
encantador, primoroso;
yo me hallo loca por él,
apasionada, rendida...

Tan varonil hermosura tiene, al parecer un defecto: el tamaño de los pies, según indica la chinaca.

—No prosigas, Isabel:
él será lindo, precioso,
pero, ay niña ¿y sus pies?

La medida de los pies es uno de los reparos que Josefa pone al novio de Isabel.

Hasta al *Cura de Tamajón* o sea Guillermo Prieto, llegaron noticias de los grandes pies de la emperatriz Carlota que, por lo visto, contrastaban con el diminuto pie de las mexicanas, pequeñez que tanto había impresionado a José Zorrilla. En “La gentil Carlota”, *El Cura de Tamajón* (19 de junio de 1864), se mofó, sin respeto alguno, de los pies de la emperatriz. Además le advierte que en México no tienen cabida sus imperiales pretensiones.

Afortunadamente, gracias al ejercicio físico que ya Joaquín Noreña

en 1863 enseñaba en su Escuela Gimnástica, calle de San Francisco número 7, a las vitaminas y demás recursos, las mexicanas y los mexicanos de ahora pueden competir por el tamaño de sus pies con los extranjeros, sin temor a perder en la contienda.

Volviendo a las consideraciones expuestas por Isabel, contesta la china Josefa muy orgullosa de ser mexicana:

Yo idolatro a mis paisanos
aunque trigueños; ya ves:
es cierto que no son güeros,
pero tienen un *aquel*
un gracejo y un encanto
que no puedes comprender
que quieres, obra la sangre,
el patrio espíritu que
por más que no se predique
tiene su influencia también.

Si muy criticadas fueron por la prensa liberal las costumbres francesas seguidas al pie de la letra por la “gente decente”, no lo fue menos el comportamiento de esta clase en la corte imperial, pues las fachas y papelones que hizo, fueron reconocidos aun por aquellos mexicanos de la alta sociedad que bien los aquilataban.

Don Antonio Algara, relacionado por amistad y por matrimonio de sus hijos con el conde de Santiago de Calimaya, escribía, el 28 de junio de 1865, estos párrafos a don Manuel Romero de Terreros que se encontraba en París:

¿Sabe usted lo que le quita al cuadro que acabo de bosquejar mucha parte del ridículo que en otro caso tendría es que, detrás de esta gente tan heterogénea, vienen dos verdaderos príncipes que hacen perfectamente su papel; si esto no fuera, si en lugar de los archiduques de Austria, que hoy se llaman Emperadores de México, vinieran Juárez, Miramón, Santa Anna, o cualquiera otro de nuestros personajes, la cosa no podría ser más risible. ¡He aquí lo que pienso de nuestra Corte, con toda franqueza! ⁶

La “gente decente” tuvo la ilusión de alternar con los Habsburgos, con los nobles franceses de Napoleón “el chiquito”, con la antigua aristocracia del país; de asistir a los saraos, banquetes y paseos de la

⁶ *La corte de Maximiliano*. Editorial Polis, México, 1938, p. 49.

corte, de imitar los usos y costumbres de las cortes imperiales que compilaron Juan Nepomuceno Almonte y Larrea y, además, tener un título que le permitiera codearse con tan conspicuos personajes.

Vieja obsesión es en la clase adinerada la de tener un título. Obsesión que empieza desde el siglo xvi, como testimonia el pícaro y poeta Mateo Rosas de Oquendo y que todavía sigue siendo tema de la novela mexicana de nuestros días.

Del afán de afrancesarse, de ennoblecerse que se apoderó de la “gente decente”, la sátira hizo, naturalmente, comidilla. A este afán se le nombró el “aspirantismo”.

La malévola *Orquesta* (6 de mayo de 1865) sacó su ponzoña para mofarse de los que ya convertidos en franceses aspiraban a condes, duques y demás títulos. En el romance “Carta de una lugareña”, *La Orquesta* muerta de risa alude al calvario de una nueva noble y comenta la cursilería de la corte.

La lugareña escribe una gozosa carta a su hijo diciéndole que, por fin, ha logrado su ambición: ser noble y formar parte de la corte imperial. Le reseña las costumbres, los vestidos, la gentileza de las damas, el amaneramiento de los hombres.

Señor D. Juan de la Palma,
amado y querido hijo;
con júbilo sin segundo
desde esta corte te escribo,
donde estoy más encantada
que en el paraíso Milton,
si vieras qué bello es esto,
y qué alegre y qué bonito . . .
los hombres parecen damas,
(te hablo de los lechuguinos
o pisaverdes o pollos
que en todo es casi lo mismo).
Caminan por la Alameda
muy tiesos o derechitos,
con los cabellos rizados
y los bigotes torcidos;
usan grandes levitones,
y si el cuerpo tienen chico,
parecen llevan enaguas
aunque un poco espichaditos.
Las señoras con levitas
y sombreros y abanicos;

anda, que esto es primoroso,
encantador, divertido.

Y con gran animación cuenta a su hijo que, como noble, ha hecho a un lado las plebeyas y mexicanas prendas: el rebozo, el zagalejo, los zapatones. Cuán cierto es el refrán: “el alternar cuesta” y la pobre tiene que pagar un precio: ¡usar calzones!, con los que no se halla. Sin embargo, su novísima y molesta indumentaria la ha transformado y luce tan distinguida que ya nadie la reconoce.

Pero lo más importante
y que hasta ahora no te he dicho,
es que aquí me he vuelto noble
y ya uso túnico fino;
ya me quité el zagalejo
y me pongo medias de hilo,
que si me estorban un poco
me las bajo hasta el tobillo:
en vez de los zapatones,
botines uso muy chicos
que me hacen los pies muy monos,
o diré mejor muy lindos,
y lo único que me choca
son los calzones, ¡ay hijo!,
yo no soporto esas fundas
con embutidos y picos.
Ya dí de mano al rebozo,
en las nobles no lo he visto,
y por eso uso como ellas
levitón y sombrerito:
si me ves, no me conoces,
estoy como alguno dijo,
no sé ni dónde, ni cómo:
de lo pintado a lo vivo.

Tanto sacrificio piensa la provinciana es para que su hijo sea todo un personaje, pero para esto hay que adquirir buenas maneras, modales. Ante el temor de que el bueno de Juan de la Palma salga con un domingo siete que empañe la nobleza recién adquirida, lee a su hijo la cartilla; le da lecciones de urbanidad, lo civiliza. En esta lectura de cartilla, *La Orquesta*, aunque abultadamente, descubre la “distinción” de muchos de los aspirantes a nobles.

Por consiguiente he resuelto
vengas a vivir conmigo,
mas con esta condición
que vas a oír, hijo mío:
entre los nobles no se usa
el sombrero tendido,
ni la calzonera abierta,
ni el zapatón amarillo,
ni has de andar hecho un andrajó,
ni con las barbas cual chivo...
Si subes a un ministerio,
procura entrar muy quedito,
con el sombrero en la mano
y sin estar distraído;
siempre que te hablen, atento
debes estar, hijo mío,
no te rasques las narices,
ni te escarbes los oídos,
ni te suenes con los dedos
ni sorbas como cochino.
... Repito que somos nobles,
he comprado un pergamino,
un título de nobleza
que me vendió un condesito
que estaba lleno de drogas,
desesperado, aburrido.

Tan preocupada sigue la recién ennoblecida dama con la llegada de su hijo a la corte, que vuelve a insistirle en su buen comportamiento, le suplica no vaya a comprometerla con sus maneras campiranas, pues redundaría en perjuicio de su flamante título. Y aquí, en el título de que alardea la lugareña, se resume toda la ironía, la punzante crítica en contra de aquellos cursis, inauténticos mexicanos que, por vanidosos, renegaban de su patria.

Por Dios que no me avergüences;
somos nobles, ya te digo,
... Espero que no me pongas
en un grave compromiso
en presencia de la corte
donde hago un papel muy lindo,
como marquesa que soy
de *Ciénega y Nopalito*.

La prensa satírica durante el imperio atacó sañudamente a los afrancesados, a los cursis, a las beatas y, sobre todo, a la conserva cuyo tino había sido tan preciso que su salvador les resultó tan liberal como el aborrecido Juárez. También esta abundante prensa satírica glosó asuntos como el Concordato, la revisión, las angustias de los adjudicatarios, se enfrentó con mucha valentía a la prensa conservadora y del imperio: *El Pájaro Verde*, *Doña Clara*, *L'Ere Nouvelle*, *L'Estafette*, *El Diario del Imperio*, *El Mexicano*.

Rozó, con su dardo a Maximiliano, a quien el pueblo, con ese acierto que lo caracteriza, se vengó llamándolo, en vez del emperador, “el empeorador”.

Pero si esta prensa de oposición respetó a Maximiliano, hasta donde una prensa de este tipo puede hacerlo, no tuvo empacho, ni pelos en la lengua, ni miedo para criticar los actos de su gobierno, por ejemplo, la “Instalación de las Cortes Marciales”, censuras que llevaron a sus redactores a la cárcel.

Las sanciones impuestas no arredraron a estos patriotas y sólo callaron cuando sus periódicos fueron suspendidos.

La Orquesta, periódico omniscio, de buen humor y con estampas, fundada en 1861, por Carlos Casarín y Constantino Escalante, uno de los más formidables caricaturistas del siglo XIX, dejó de publicarse el 16 de julio de 1866, en que fue suprimida conforme al decreto de 10 de abril de 1865, por las violaciones que con consciente regocijo había cometido:

Ataques al gobierno, al archiduque, a los miembros de la dinastía reinante, las noticias falsas y alarmantes; las máximas o doctrinas calculadas a incitar la rebelión o a alterar la tranquilidad pública; desacuerdo o desobediencia, por medio de sátiras o invectivas, o las protestas contra la ley o los actos de la autoridad; la publicación contra la moral, la religión del Estado y la vida privada.

La Orquesta, principal adalid de la causa republicana, como va a morir hace testamento dejando como sus herederos a los otros colegas liberales y conservadores y, eso sí, muere en sus trece: “Digo: que en nombre de la democracia y de la ilustración creo y siempre he creído, en la Trinidad de mi culto, Independencia, Libertad y Reforma...”

La herencia de *La Orquesta* sólo la disfrutarían *Madama Estafeta*, *Doña Clara*, *El Pájaro Verde*, *El Diario del Imperio* y otros periódicos imperialistas, ya que los colegas de su propio credo habían sido suprimidos con anterioridad.

Pero esa supresión ya no importaba, el fin del imperio estaba próximo, la prensa satírica lo veía bien cercano para ese mismo año de 1866.

Allá en tierras de Michoacán, el general Vicente Riva Palacio, con quien los espíritus se mostraron siempre amigos, obsequiosos y cordiales, le anticiparon el viaje de la emperatriz Carlota a Francia en busca de ayuda. Riva Palacio, en el periódico que publicaba en Uruapan, llamado intencionalmente *El Pito Real*, por medio de su canción “Mamá Carlota” propaló tan fausta noticia. Y por los caminos, por los atajos, por las veredas de la patria rodó “Mamá Carlota”, entonada por las tropas chinacas como anuncio de victoria, como canto nacional.

Muy pronto el presidente Juárez iniciaría triunfante el regreso a la capital de la República.

La musa popular, en el corrido “De la entrada del presidente Juárez a México”, mucho se congratuló de su llegada a la capital:

Señores, escuchen/la bendita nueva:
ya murió el austriaco/ya ganó el chinaco.
El quince de julio
del año sesenta y siete
entró don Benito Juárez
triunfante a la capital
... ¡Viva Juárez, mexicanos!
¡Qué viva la Libertad!
Ya todos somos hermanos
¡Que viva la capital!

Con la caída del imperio se iban formas de vida que nos eran ajenas, que los liberales sabían caducas, que no nos darían categoría de civilizados, ni la entrada a la universalidad, ni el respeto y la dignidad en el futuro y sí, en cambio, los principios republicanos por los que el presidente Benito Juárez, sus colaboradores, escritores y soldados del pueblo habían luchado, nos otorgarían un elevado sitio entre las naciones y aún más, México con el tiempo, sería norma y destino de otros países. Tal aseguraba en su invitación para celebrar las festividades nacionales, la Junta Patriótica el 15 de septiembre de 1867.

¡Viva la Independencia! ¡Viva la República! ¡Viva la Reforma ¡Viva la Constitución de 1857!

¡Conciudadanos: nació la Patria en 1810: se ha consolidado en 1867!
Estos dos acontecimientos encierran toda una historia que el tiempo ha adjudicado a las naciones venideras.

Ellas nos juzgarán; pero desde luego, México, a pesar de sus envidiosas enemigas, ha tomado jugar entre las naciones que la providencia ha hecho célebre por más de un título. México marcha rozagante y lleno de vida juvenil por la senda del progreso y hacia el sólido bienestar de la humanidad. Lleva por guía el espíritu democrático; sus medios de acción, las costumbres republicanas; su gloria, la igualdad ante la ley; sus máximas políticas, la justicia, la benevolencia, la generosidad y el respeto a sus semejantes. La tierra y el cielo llaman a México a ser el regulador del destino de las naciones. Ocupará entre ellas el sitio que le reserva el porvenir.

Saludémosle desde ahora, celebrando su natalicio y su confirmación.